

GEDEON es el periódico de menos circulación de España

# GEDEON

Diputado á Cortes por Madrid

**SEMENARIO SATÍRICO**  
SE PUBLICA LOS JUEVES  
**DIEZ CENTIMOS** el número  
ADMINISTRACIÓN  
Fuencarral, 23, primero

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Madrid, trimestre . . . . .	1,50 pesetas.
Año . . . . .	6 —
Provincias y Portugal, tri- -mestre . . . . .	2 —
Año . . . . .	8 —
Número atrasado . . . . .	0,25 —
25 ejemplares . . . . .	1,50 —

AÑO III

Madrid 23 de Septiembre de 1897

NÚM. 98

## NAVARRINI EN EL FAUSTO



«Con el papel de Mefistófeles ha debutado el distinguido réprobo comico Sr. Navarrini, obteniendo muchas palmas de Mallorca y ricas regalías de Lluch.»

(Del Heraldo de Baleares.)

# Cartas de Gedeón

Isla de los Faisanes 17 Septiembre 97.

Otra interview con Taylor.—El Jardín.—  
¡Adios, sastre!

Querido Calínez: Yo también he tenido mi interview con Mr. Taylor. Le encontré en la frontera, a punto de pasar la raya, y deteniéndole cuando ya iba a hacerlo, le dije: ¡Desgraciado! ¿qué deja usted para Mr. Woodford? «Es verdad—contestóme el diplomático americano, parándose en medio del puente internacional—estaba reventándole la combinación a mi sucesor. Mil gracias, Gedeón amigo, por su discretísima advertencia. ¿De qué modo podrá pagar a usted el favor que acaba de hacerme?—No pidiéndome una indemnización!—le respondí—, al oírlo turbóse un tanto el vecino que fué de las Descalzas, plaza de esa corte cuya existencia ignoran afortunadamente Villaverde y Linares Rivas, pues si no, se llamaría de muy opuesto modo. Ello es que Taylor, agradecido y yo obsequioso, nos pusimos a conversar en medio del puente, ó sea entre dos naciones, que es como están casi todos nuestros originalísimos autores cómicos: con un pie en Francia, otro en España y los dos restantes uno sujetando el papel y otro escribiendo. Y no me digas que según tu carta suman cuatro pies, porque dos de Taylor y dos míos ¡patal!

—¿Qué es lo que usted abandona con más pena al alejarse de España?—le pregunté  
—Al duque de Tetuán—me respondió.  
—¿Se entendían ustedes bien?  
—Perfectamente.

—¿Cómo?  
—Por señas. Yo le hacía así (aquí un movimiento expresivo de alargar la mano), él me contestaba así (cerrando el puño). Yo alzaba entonces el brazo (gesto amenazador), él levantaba el suyo (movimiento oratorio del Senado). Después bajaba poco a poco el mío (bajándolo) y él también el suyo (idem).  
—¿Pues si usted llega a ser español le revienta!  
—¡Pero soy yankee!

—En suma, que sus negociaciones diplomáticas de ustedes iban como una seda, brazo arriba, brazo abajo. ¿Con tanto braceo se resentirían las mangas?  
—Yo tuve que hacer varios cortes de ellas.  
—Lo creo, y poco que se va a reir Mac-Kioley cuando usted se lo cuente!

—¿Puede!  
—¿De manera que usted juzga al duque de Tetuán todo un estadista?  
—Un estadista de pura raza; un estadista legítimo; un estadista de la mano derecha!

—¿Y a qué ha venido a España Mr. Woodford?  
—Por atún y a ver al duque.  
—¿De modo que la fama de ambos traspasa las fronteras?  
—Y atraviesa los mares.

—Mire usted lo que son las cosas; en España tenemos al duque de Tetuán por un político cualquiera, y resulta que al otro lado de ese puente ya es un hombre asombroso. Bien es verdad, y sin establecer relaciones de ninguna especie, que con el atún pasa lo mismo. En unas partes le conocen por atún, y en otras por bonito. ¡Todo hay que saberlo y que pesarlo, caro amigo!

—Más caro es el que viene detrás de mí.  
—¡Ah, sí! Mr. Woodford, le he visto en San Sebastián. ¿Qué bien le sierta la boina! ¿Se ha puesto chapa?

—Todavía no.  
—Dígale usted que se la ponga. Don Carlos la llevaba siempre, y a pesar de eso, a poco le picamos la retaguardia en Oroquieta. Una boina sin chapa, es una boina peligrosa. Nada, nada; escriba usted a Mr. Woodford que se ponga la chapa antes de presentar las credenciales.

—Así lo haré, aunque creo que ya las ha presentado.  
—Bueno, pues antes de presentar las indemnizaciones, no sea que tenga que añadir una suya.  
—Me asusta usted, Mr. Gedeón.

—Lo que le digo a usted, Mr. Taylor. ¿Y de España qué juicio ha formado usted durante su larga permanencia en ella?  
—Que es una nación esencialmente democrática. En España la igualdad no es un mito, sino una cosa real. Iguales son los conservadores que los liberales, iguales los carlistas que los republicanos, igual es Castellano que Tejada de Valdósera. Sólo una desigualdad noté, y esa de poca monta y no constante: que a ciertas señoras las recogen por hacer la carrera y hay quien llega a ministro sin que le haya recogido nadie.

—Perdone usted, Mr. Taylor. D. Francisco Silveira, que es el hombre del porvenir, ha abierto ya tienda de recogedores. Merced a este nuevo establecimiento, ningún político quedará en el desamparo, y hasta el elemento neutro se sentará en el banco azul.  
—¡Yo creí que ya se sentaba!  
—Veo que a pesar de su gran perspicacia de usted se le han escapado algunos detalles de nuestras organizaciones políticas. El elemento neutro no ha llegado todavía a las esferas del poder aunque sí ciertas substancias anodinas.

—¿Cómo! ¿El ministerio actual que preside don Marcelo Azcárraga?...  
—Es sencillamente un unguento de soldado.  
—¿Qué me dice usted? ¿Y con él curarán ustedes los graves males de su patria?  
—Qué hemos de curar, ¡bastante haremos con no rascarnos!

—Pues oiga usted, Mr. Gedeón, la profecía de un yankee...  
—Ahí van cinco pesetas.  
—Es gratis.  
—No le creo a usted. Bueno, compraré tocino con ellas.  
—España será un día el jardín republicano de Europa.

—¡Válgame Dios, por el jardín! ¿De modo que nuestros republicanos darán flores? Hasta ahora, en cuanto se reunían más de dos se contentaban con dar leña. ¡Y que no será cosa de ver a Salmerón rompiendo en heliotropos, a Muro en yedra, a Carvajal rodeado de narcisos, a Pi convertido en pinabete del Canadá y a Castelar florido como un culantrillo! ¡Ah! Mr. Taylor su fe republicana de usted le ofrece perspectivas engañosas. España con monarquía ó con república jamás será un jardín.  
—¿Por qué no, Gedeón?  
—Porque no hay quien la cultive.  
—¿Y si hiciéramos los yankees de jardineros?  
—¡Ustedes que han de dejar dineros, hombre de Dios! Tenemos una peseta borrosa y ya nos la están ustedes sacando del bolsillo del pantalón.  
—Eso, sí, pero con la mayor suavidad.  
—Si no es que yo me queje. ¡Eal meta usted otra vez la mano.  
—Eso le toca a mi sucesor.  
—Vaya, pues que toque lo que quiera. Y ahora, Mr. Taylor, hemos de separarnos. Dé usted un salto para no pasar la raya invadiendo las atribuciones de Woodford, y hasta nunca.

—¡Adiós, Mr. Gedeón!  
—¡Adiós, Sastre!  
Dió el salto según le aconsejaba—un salto atrás como todos los yankees—y se internó en Francia. Yo, en cuanto él desapareció, vine a la isla de los Faisanes para escribirte la *interview*, y aquí me tienes. ¿Querrás creer, Calínez, que en toda la isla de los Faisanes no he encontrado más faisán que yo? ¿Me llamarán por esto a formar ministerio? Lo digo porque cuando en toda España, entre tanto y tanto político, no hallaron más que a D. Marcelo Azcárraga para presidir un Gobierno, yo que soy el único faisán de la isla de los Faisanes, estoy en mayor riesgo que él de ser llamado a la opulenta mesa del Poder. Véome ya goteando salsa en el babero de Castellano. Más ¡ah! otra horrible visión turba más hondamente mi espíritu. Veo un yankee con boina que me olfatea. Es que me busca las trufas. ¡Ampárame, Calínez!

Tuyo como diputado con acta grave por Madrid y como faisán interino,  
G E D E O N.

## LOS INMORTALES DE GEDEÓN

D. Gaspar Núñez de Arce

LA VISIÓN DE FRAY MARCELO

(Fragmentos del poema y del partido)

I  
Era una noche destemplada y triste del otoño presente. Poco a poco Frontaura silencioso, descendiendo del coche del vizconde, como un punto a quien molestan mucho los juanetes, se encerraba en su casa, en pos dejando gente despavorida.

II  
Cierzo helado azotaba los árboles de Guerra, conmoviendo a Bascarn, de la casa de la organización sostenía firmísimo y auténtica Javiera.

III  
El recio choque del aire hizo surgir, en las tinieblas del ministerio, lastimeros ayes.

IV  
Fray Marcelo roncaba. De repente turbó su sueño el lúgubre tañido de la campana del reloj del Banco que sonaba las tres.

V  
—¿Lastre? ¿Qué palma!— rastregándose un ojo exclamó el hombre.— Y en las notas vibrantes de la esquilla sentíase el horror de aquella noche negra y fatal, como presagio horrible de Cos Gayón.

VI  
Aquella era la hora de los maitines, que el prior Marcelo a su comunidad ha poco impuso, para que hiciesen algo.

VII  
Taciturnos y soñolientos, la casaca vuelta para no estropearla los dorados, los ojos hacia dentro, buena prueba de que hay vergüenza y fierro todavía, los ministros marchaban al Consejo.

VIII  
El preludio de Ugarte, aun inseguro, torpe y débil cual voz de principiante que la nota oficiosa balbucea

súbitamente interrumpió el reposo del sagrado recinto y la profunda contemplación del fríasle.

IX  
Julio Vargas andaba por allí, tomando notas del brazo del buen Soto.

X  
Los prejuicios sacudió fray Marcelo cual sacude tal vez Zahonero su nevada capa cuando al salón de Conferencias llega y arrojando de sí los pertinaces recuerdos de Silveira, besó el suelo y en el salón colóse, repartiéndose tres señas de cruz en Rostrogordo.

XI  
El faltaba no más. Saludó a Ugarte, con fe devota y ocupó su asiento en la esbelta y tallada sillera

XII  
El Consejo, hasta entonces aburrido, rompió como ruidosa catarata y raudales de místicos negocios, saltaba y resoltaba por su boca Navarrorreverter.

XIII  
Notas y sumas el tapete inundaron de la mesa, ya graves, ya sumisas, ya imponentes... Tranquilos desbordarse al financiero veían los denás.

XIV  
Pero ¿quién oye, sin alterarse el trémebundo acento que en unsono cántico levántase lanzando excomuniones a porrillo contra Navarrorreverter? ¿Quién puede, viendo tal cosa, no sentir henchidos de lágrimas los ojos? ¿Quién no tiembla (como no sea Pi y Margall), oyendo como en la nave colosal retumban con la terrible majestad del trueno los anatemas que en tal punto arrancan mitad imprecación mitad sollozo del pecho de un ministro que jipando se abraza como un naufrago a la roca, como un esposo al cuerpo inanimado de la mujer a quien amó recidido, a la amada carterá?

XV  
Horrorizado como quien busca solo en la plegaria fuerza para domar las tempestades del oprimido corazón, Marcelo se quedó turulato...

XVI  
De improvisto calló, fijando los turbados ojos en la gótica faz de Valdósera, que en un rincón, opaco, aparecía. Y creyó ver que en el salón, de súbito, como negro vapor se condensaban los anatemas santos y las voces de la grey fusionista y el murmullo de Romero y Pidal y hasta los ecos de Rodríguez San Pedro, siempre sólido, que resonaba en los maticos muros. De Cuba los lamentos, los dolientes ayes de Filipinas, los rumores de que mister Woodford viene pegando, las Victorias de Tunas, la subida del pan y los arriendos de consumos todo se unía en infernal concierto; y todo, horrores, quejas y suspiros en cuerda tumultuosa confundía su acento al del fatídico anatema.

XVII  
Poblóse la anchura bóveda de espectros con boina y con trabuco, que en horrenda vertiginosa danza, en incesante giro anunciaban a Marcelo, como nocturnas aves por el aire vago...

XVIII  
El gesto y la expresión de aquella recua de siniestras visiones daba, espanto: lleno estaba el espacio de rebuznos que se quebraban sin sonar: ni un grito ni un suspiro, ni un ¡ay! ¡ohé, tu mare! la fantástica ronda interrumpían.

XIX  
Marcelo, jadeante y confandido cual si con él rezase el anatema, buscando al Nuncio, recorrió el espacio con la azarada vista. ¡Ay! pero nunca hiciera tal.

XX  
Horripilante cuadro hirió su trastornada fantasía. Frios y descarnados esqueletos, cien mil lo menos, de la tierra, mudos inmóviles y absortos, levantábanse y animaba sus místicas calaveras mueca infernal, incomprendible, oscura. ¿Eran acaso gente fusionista? ¿Silvelistas hambrientos y cesantes? ¿Quién interroga a los súplicos? Nueda tan sólo, porque gana así el conquisibus. Este es el mundo! Weyler en la Habana, abajo, la bullente podredumbre, la excomunión en Palma de Mallorca y Fabié, dimitido.

XXI  
Ante el medroso hormiguero de espectros que de punta nusiara hasta los pelos del relapso Navarrorreverter, si los tuviera, pidió socorro fray Marcelo y pronto de las tinieblas virginal figura surgió con larga túnica enhiatada, cuya abertura en vano rebuscaban dos ojos refulgentes de un ministro. Pintábase en su faz meditación, curul de Cos-Gayón, ese infinito dolor que azara al corazón humano cuando de dimitir se encuentra a punto, pues vencido en la lucha, desfallece.

XIII

Vióla el fraile llegar, cerró los ojos, luego siente unos brazos, no del duque, que le oprimían cual tenazas; luego un ósculo glacial, que le abrasaba y una voz regalada y cadenciosa, voz que temblando le decía:—Deja, que yo te arreglaré. ¿Quién este lío podrá ya desatar? Ven. Tres réprobo como Navarrorreverter... ¡y míol!

XIV

Rívido, incierto, atormentado el fraile volvióse al bulto y preguntó azorado:—¿Quién eres? ¿Qué pretendes? ¿Por qué alteras mi nómina y mi paz?—¿No me conoces?—entonces respondió la mascarita.—Yo soy, mírame bien, algo que vive y algo que ha muerto en tí. Soy cual Silvela que surge de improviso en el abismo y todo, sin querer lo escachifolla. ¿Quieres saber aún más? ¡Yo soy la crisis! Al oír esto irguióse fray Marcelo y acometido de mortal desmayo quiso apoyarse en Cos... más vino á tierra como la encina rota por el rayo.

## LA RUINA DE PEDRO BOTERO

I

Fuertes y repetidos aldabonazos sonaron un día á las puertas del infierno.

—Ya van—respondían los diablos, que no teniendo entonces ningún quehacer, con el rabo cazaban moscas.

Y como los aldabonazos menudeasen con más furia, dijo un diablo de buen humor:

—Bien se conoce que el que sea, está acostumbrado á manejar buenas aldabas.

Corrió á la puerta, miró por el ventanillo y encogiéndose de hombros exclamó volviéndose á un compañero:

—No le conozco.

—¿Qué señas tiene?

—Es calvo.

—¿Será el portero del piso de arriba?

—Nó ¡qué di parate!

Entretanto, el viajero, dando paz á la mano, reparó en el Cancenero famoso á quien despertaron los golpes y lleno de alegría al ver un perro en tan apartados lugares, empezó á sonarlo contra las rocas.

—¿Quién es?—preguntaron desde adentro.

—Yo.

—Bueno ¿pero usted quién es?

—Soy ministro de Hacienda y me envían aquí por travieso.

—Leve pecado es ese, pero, en fin, pase usted y siéntese en ese banco mientras avisamos á Pedro Botero.

—¡Hola!—murmuró el recién llegado sentándose—¿también hay Bancos en el infierno? Decididamente voy á encontrarme aquí como en mi casa.

Pedro Botero recibió el anuncio de la visita con claras muestras de júbilo y de alegría sin límites.

Un ministro de Hacienda venía allí como anillo en dedo; precisamente la administración de los caudales (y son muchos los que van á parar al demonio) llevábase en el infierno con una sencillez reñida con el progreso de los tiempos. Allí donde todos los pecadores van á ajustar sus cuentas, no había un diablo que supiera ajustarlas bien; allí donde todos van á pagarlas juntas, no había un demonio listo que simplificase las operaciones del pago y éste duraba toda una eternidad.

De ahí que Pedro Botero exclamase dando zapa-tetas:

—¡Un hacendista en el infierno! Pues ¡nos hemos salvado!

—¿Salvarnos nosotros?—respondió un diablo pesimista—considera que eso no puede ser.

Y todo el coro de diablos, celosos ya del recién venido que bien pronto había de echarles la pierna encima, comenzaron á murmurar, diciendo, que aquello no podía ser, que el viajero que aguardaba en la portería no podía ser un alia to ni un jefe más; era un condenado y urgía empezar á tizonazos con él.

—¿Qué sabéis vosotros, canalla?—exclamó furioso Pedro Botero—él, que nos sirva, que después ya vendrán los tizonazos. Demasiado sabéis cómo paga el diablo á quien bien le sirve.

—Ea, volad—prosiguió—y traedme al nuevo huésped por el camino más largo; para que vea qué lugar este y con qué gente ha de habérselas en lo sucesivo.

De allí á poco, el demonio y el hacendista estaban frente á frente.

Llegó el huésped á presencia de Pedro Botero tan tranquilo, tan locuaz, tan satisfecho y alegre como si acabase de cruzar salones de baile y no lugares tenebrosos, donde inmensa población de pecadores sufren, sin punto de reposo, las penas y castigos más horribles.

Así es que, ya en presencia uno de otro, parecía el hacendista el verdadero dueño de la casa y Pedro Botero el huésped encogido que por primera vez visitaba aquellos lugares.

—Me asombra tu alegría—exclamó el diablo desconcertado—¿tan pronto te has hecho á esta oscuridad?

—Señor, vengo de España y aquello está mucho más oscuro.

—¿No te sobrecoge el fuego del infierno?

—Al contrario; ¡quién pillara un fuego como éste para enjugar los déficits de allá!

—Pero los tenedores de los diablos...

—Me dan más miedo los tenedores de la deuda.

—Pero sus rabos...

—Desengañese usted; para cola la que he dejado allá.

—Decididamente, tú eres mi hombre—exclamó Pedro Botero. Y abandonando toda etiqueta, abrazó cariñosamente al hacendista, le hizo almorzar con él y de sobremesa quedó convenido que el huésped se encargaría de la administración infernal para que Pedro Botero descansase, que ya era hora.

Salió el hacendista investido de las más altas prerrogativas y el diablo, como ya no tenía que hacer, siguió cazando moscas con el rabo.

II

A los cuatro días no era conocido el infierno.

Visitó el hacendista la mansión donde en balde se fatigan los avaros arrastrando sin cesar talegas de oro y contrató un empréstito con ellos. A cada diablo le hizo pagar su patente y á los pobres diablos les quitó el pellejo diciéndoles, cuando se quejaban, que aún quedaba el rabo por desollar; corrió á la laguna Estigia y arrendó el paso de la barca, jubilando con los honores de jefe de administración al vi-jo Aqueronte. Subastó los pinares donde se refugiaban las harpías y vendió en parcelas todas las llanuras y valles de lágrimas. Emitió papel y más papel, que bien pronto consumían las llamas del infierno y pignoró las calderas de Pedro Botero en garantía de otro empréstito que se cubrió dos ó tres veces.

Un día despertó asustado el diablo ante los golpes y vocerío que se escuchaba á las puertas del infierno.

Bien pronto se tranquilizó y dijo:

—Pero ¡cómo prosperamos desde que está aquí el hacendista! Nunca había venido por aquí tanta gente.

Corrió á la ventanilla, y de negro que era palideció en castaño oscuro.

La cosa no era para menos.

Quienes golpeaban á la puerta no eran condenados; eran acreedores.

Ciego de furor empuñó el diablo la más candente de sus horquillas y corrió en busca del administrador, pero ¡que si quieres! por un sitio no le dejaban pasar de orden de la empresa arrendataria, por otro le hacían pagar consumos; aquí encontraba una valla con este letrero: «Vedado de caza». Allá y en todos sitios guardas particulares con carabinas. Los diablos, en los puros huesos, se morían de hambre, los condenados vivían á sus anchas y cortaban el cupón á fin de mes. Pedro Botero no era dueño del terreno que pisaba.

III

Cualquiera creerá que el hacendista salió de allí de mala manera.

Nada de eso; quien tuvo que salir fué el diablo.

Le trajeron un día la orden de desahucio á raja tabla, y sin más contemplaciones le pusieron con sus calderas en mitad de la calle.

## .... y armas al hombro

Si el conflicto del día continúa cuando estén abiertos todos los teatros de Madrid, trátase de dar la noche al señor ministro de Hacienda, poniendo en escena simultáneamente las siguientes obras:

Real

Primer acto de *Frá Diávolo*; serenata de Mefistófeles en el *Fausto*; segundo acto de *Roberto el Diávolo*, la escena de la excomunión en *La Favorita*, orfeo en los *infiernos*, de Glük, y acto tercero del *Mefistófele*, de Arrigo Boito.

Español: *El diablo anda en Cantillana* y *Con el diablo á cuchilladas*.—Zarzuela: *El diablo en el poder*.—Comedia: *La almoneda del diablo*.—Princesa: *Muérele .. y verás*.—Lara: *Los demonios en el cuerpo*.—Eslava: *El pobre diablo*.—Apolo: *Lucifer y El mismo demonio*.—Martin: *Juan el perdido*.—Novedades: *El diablo predicador*.

Todas estas funciones se celebrarán en sábado y terminarán antes de las doce de la noche para que el público vea vagar por los alrededores del ministerio de Hacienda á las brujas montadas en sus escobas.

NOTA: No confundirlas con los barrenderos que también salen antes del amanecer.

El Sr. Bosch que da un bombo al ministerio y cruza la frontera:

«No me ha extrañado que así procedan el general Azcárraga y sus compañeros de gabinete, porque jamás participé de la opinión, á mi juicio equivocada y ofensiva, de que el partido conservador se componía de una unidad seguida de ceros.»

Bueno ¿qué han de decir los cerros?

Pero ¡si la unidad levantase la cabeza!

Ha subido el pan.

Lo cual ha sorprendido á todo el mundo menos á los liberales.

Ya sabían que subiría poco antes que ellos.

Es decir, que al subir los liberales se lo encontrarian allí.

Y dice un colega:

«Para ocuparse del alza de precios ha citado el alcalde en junta á los tenientes de alcalde para el día de mañana, y en ella se tomarán acuerdos para hacer efectivo el cumplimiento de las ordenanzas municipales y evitar los abusos de los tahoneros.»

Ya sabemos qué acuerdo tomarán el señor alcalde y los tenientes.

Que en vista del suceso debe continuar en el ministerio el duque de Tetuán.

Porque á falta de pan, buenas son tortas.

Un periódico oficioso publica en trozos la Memoria del general Blanco.

Reflexione el general y desengañese.

¿Qué han de hacer sus adversarios cuando sus amigos le hacen pedazos la *Memoria*?

Las siguientes palabras también son del señor Bosch y Fustegueras:

«Claro es que el árbol frondoso que cultivó el Sr. Cánovas podrá injertarse en el porvenir; pero el injerto es siempre una operación delicada.»

Muy delicada y muy problemática, estamos conformes.

Por eso los que vamos á lo seguro no queremos injerto.

Queremos poda.

El siguiente recorte es un poco largo, pero ¿qué vamos á hacerle? las condiciones de la res exigen el recorte así:

«La *Independencia Belga* dice que la carta del presidente Mac-Kisley leída en el acto de su presentación por el general Woodford, es un documento absolutamente pacífico, amistoso y cortés, en el cual sería en vano buscar otra cosa que no sea la impresión del deseo del presidente de los Estados Unidos de estrechar más todavía los lazos que unen las dos naciones.»

¿Lo ve V. E., señor duque?

Hasta *La Independencia Belga* cree que está V. E. en medio del lazo.

Noticias frescas de los *aschantis*.

Llegaron á Madrid el mismo día en que fué excomulgado el ministro de Hacienda.

Son negros.

Algunos llevan cuernos.

Y tienen una caldera.

Suplicamos al Sr. Navarrorreverter que no vaya á verlos, por si acaso.

Leemos:

«El señor gobernador civil ha dispuesto que sean multadas todas las empresas teatrales, sin excepción alguna, con cinco pesetas por cada minuto que dure la representación á partir de la una de la madrugada.»

Pues ya puede usted multar al espectáculo conservador.

Porque acaba más de la una.

Acaba á Las tres.

El duque de Tetuán *franco*, pero sin premio:

«En mi conferencia con Woodford nos lamentamos, después de los cumplidos de rúbrica, él de no hablar español y yo de no saber inglés.»

Es adorable el señor ministro de Estado.

Confiesa que no se entiende con Woodford y se queda tan fresco.

Otro eco donostiarra.

Hablan de Sarasate y dicen:

«No le gusta tocar en San Sebastián porque, con la humedad, silban las cuerdas del stradivarius.»

¡Dios mío!

¿Silbarán también con la humedad las cuerdas de los contrabajos?

Entérese el señor ministro de guantada y suspenda entre tanto sus conferencias con Woodford.

El asunto del día:

«El obispo ha recibido muchos telegramas de adhesión, entre los que figuran los de varios preladados de la Península.»

Yo lo siento por Azcárraga, pero ya sé de qué enfermedad va á morir el gobierno.

De insuficiencia mitral.

El último recorte y ya pueden cambiar la suerte cuando quieran:

«Confíase en el pronto y satisfactorio arreglo en Roma de la cuestión suscitada por el obispo de Mallorca.»

Verán ustedes como el viaje á Roma resulta tardío.

Siempre ha creído yo que el gobierno conservador no iría á Roma por la penitencia.

Si quis dixerit Juanitum Navarrum Reverterem non esse piscem magnum, quasi tiburonem, sicut in Turre antiqua (*Torre Vieja*) dicitur: aut eum non facere nonnullos arreglitos sive travesuras ut Presupuestum sit nivellatum de boquilla: aut hos chanchullos ineficaces esse ad turbam inglesorum Thesauri engañandam... anathema sit.

Si quis dixerit Marcellum Azcárragam, reverendissimum in Christo fratrem, episcopum Buenavistæ, per quantum tetigit (seu *tocó*) indumentum aut casacem dicti Juaniti Navarri Reverteris et celebravit Consilio cum illum, festinantes et banquetes ambo sub uno tecto, non esse inclusum in excommunicationem majorem: aut eum dixerit possibile esse adhuc salvationem pauperi Marcelli, ob beneficio maximo recommendationis Nuncii apostolici, mediantem crucem Meriti militaris adjudicata singulis pastoribus castrensibus... anathema sit, et nulla es redemptio.

Si quis laudaverit Josephum María Berangerium refregantem ei folias periodicorum portuguesium ejus admirationes ac laudes *unicas* in mundum enterum non faciunt nos oblivisci estupendi cameli ab Ansaldo facti: aut crediderit dictum Josephum Berangerium sanctum varonem innocentem ut tortolitam, in modo Marcelli [pauperrimi] organizadores ambo... anathema sit.

Si quis judicaverit, tragans bolas cablegráficas, departamentos orientales, occidentales atque centrales insulae Cubæ pacificatos *quasi* esse viribus atque talentibus Valeriani, atque perfacile esse, secundum anuntium ipsius Valeriani, recuperare statim Victoria Tunarum... anathema sit.

Si quis dixerit comitem a Tejada-Valdosera appellatum, jindamarum et canguelorum anarchismi ac excommunicationis azarattisimum non posset esse consideratum ac presentatum sub specie perceborum ac congriorum juriscivilis ac canonici... anathema sit.

Si quis itaque dixerit ut Alejandrum Pidalem veneat aperire Cortes dum Marcellus et Juanitus et comes a Tejada et ceteri ministri sint excommunicati et patiaberti ob ea excommunicatione: aut propallaverit arreglum esse factum inter Alejandrum et Nuntium apostolicum ut tuti et contenti videant se ministri, bailantes gusti et superue Marcellus reverendissimus gratias agens capotem Alejandri... anathema sit.



De la Academia de la Historia y de segunda mesa y Geltrú.

Al revés de lo que ha ocurrido en años anteriores, este año la feria madrileña de Septiembre será animadísima, variada y por demás original, merced al pugilato entablado por nuestros hombres públicos para instalar sus puestos en el paseo de Atocha.

Cuanto madrileños concurren estos días a dicho sitio, podrán recrear sus ojos no sólo con la contemplación del flamante ministerio de Fomento, próximo a ser inaugurado y abandonado a escape por el Sr. Linares Rivas, sino también con el espectáculo de la «feria de las ferias», como no vacilamos en calificar a la de este año en vista de los datos siguientes:

Puestos de castañas: Corren todos a cargo de las empresas teatrales que van debutando estos días. Nueces: El general Azcárraga. D. Francisco Silveira es el encargado de cantarle delante del puesto:

*Acaba de partir nueces  
y echa las piedras al río,  
que lo que ha sido y no es  
¡como si no hubiera sido!*

También el Sr. Beránger andará por los alrededores del puesto recogiendo las cáscaras de nuez.

El duque de Tetuán figura al frente de una instalación de libros usados. Hay allí *Doctrinas* conservadoras de las más viejas y *Gramáticas* de las más pardas.

El alcalde de Madrid: Limones dulces.

El Sr. Sagasta: Compra billetes de vuelta de San Sebastián.

El Sr. Tejada Veldosera: Cajitas de jalea, espirales de alambre, flanes de gelatina y otros productos temblorosos.

Martínez Campos: Papel y sobres para cien cartas, una peseta.

Weyler: La «Historia de la guerra de Cuba» por entregas. La última entrega (publicada se entiende) es la de Victoria de las Tunas.

Aguilera: Botellas de ajeno y rumores embotellados para abrir el apetito de los Comités.

Navarroreverter: Una instalación de dos mil demonios: infiernillos de alcohol, polvos de azufre y diablos encendidos. Artículos de comer y beber y circulares episcopales de arder.

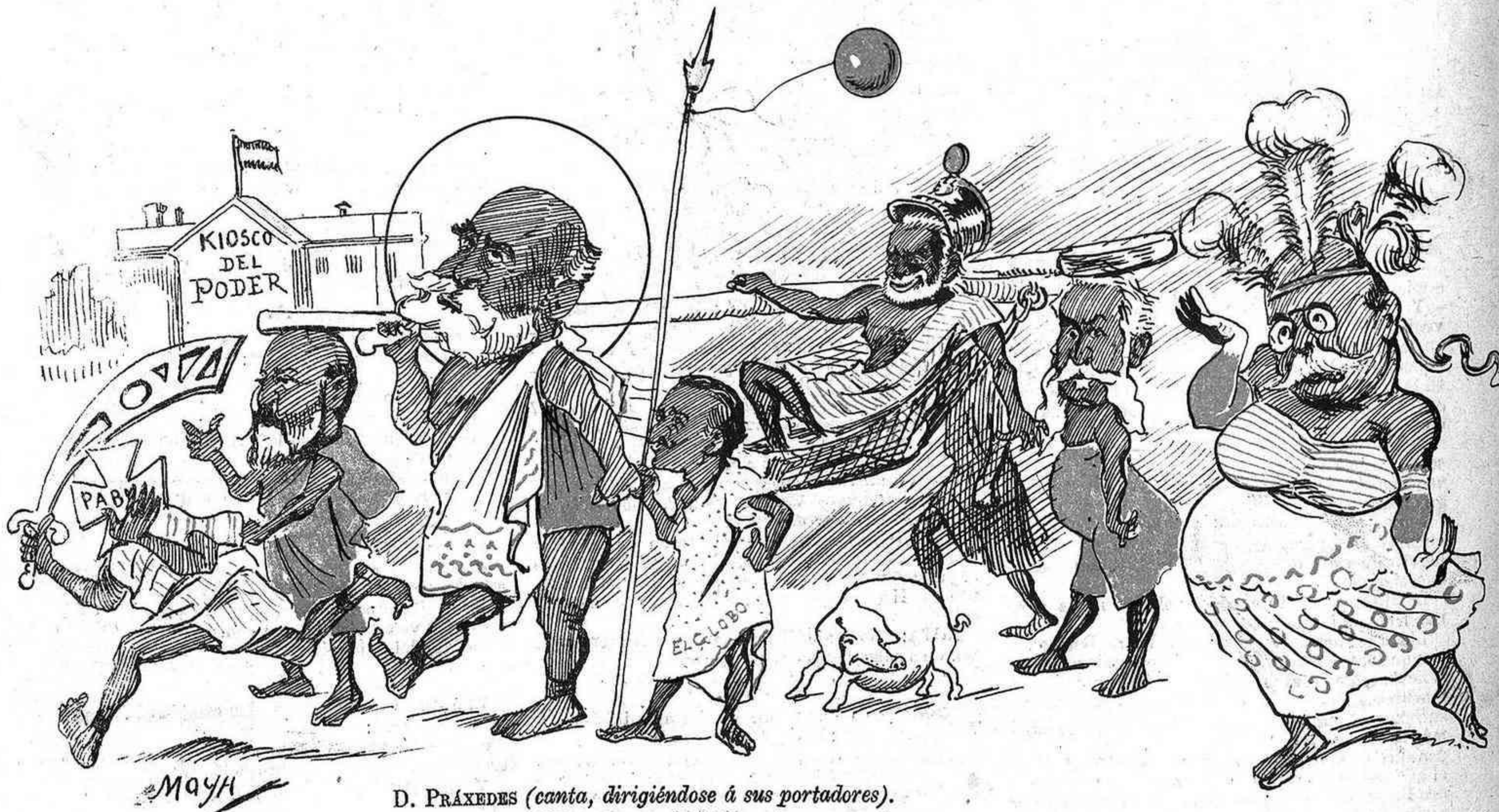
Cerralbo: Farolillos a la veneciana.

Salmerón: Cola milagrosa ó *Syndetikon* para unir toda clase de fragmentos por muy republicanos que sean.

Mella: Sables, escopetas, cañones y pistolas de juguete.

Fabié: Tenía un puesto y se lo han quitado.

## EL GRAN ACHANTI



D. PRÁXEDES (canta, dirigiéndose a sus portadores).

—Puesto que don Marcelo se pone fosco, páseadme en buen hora, cantad, bailad, llevadme aquí tumbado, que no me amosco; mas por Dios... no os ocurra llevarme al kiosco, que no tengo ninguna necesidad.